

El león de Érika

por Eusebio Ruvalcaba

Enrique González Rojo



1) Enrique González Rojo no sabe que estoy escribiendo estas líneas. Seguramente no estaría de acuerdo.

2) Copio la solapa de su libro *Para deletrear el infinito* (1975-1981), editorial La palabra del viento, 1988: "Enrique González Rojo nació en la ciudad de México en 1928. Hijo y nieto de poetas, desde temprana edad se dedicó a la producción poética. Sin mencionar sus primeros poemas, en que predomina el balbuceo y la búsqueda de sí mismo, ha dado a luz *Para deletrear el infinito*, en Cuadernos Americanos, en 1972; *El antiguo relato del principio*, editorial Diógenes, en 1974; *El quíntuple balar de mis sentidos*, editorial Joaquín Mortiz, 1976 (Premio Xavier Villaurrutia); *A solas con mis ojos*, antología poética, editorial Liberta Sumaria 1980; *Por los siglos de los siglos*, editorial Papeles Privados, en 1981; El tercer Ulises,

editorial Signos, en 1982, y *Una gramática iracunda*, antología poética, editorial Diógenes, en 1984. Asimismo es autor de varios libros de ensayos y viejo profesor universitario”.

3) La costumbre es que Enrique y yo nos dejemos de ver por un tiempo y de pronto nos reunamos. Así ha sido por años. Algunas mujeres nos mantienen en contacto mutuo.

4) De pronto una de ellas me habla y me dice Eusebio ya sabes que están por operar a Enrique, quién sabe si salga. No puede ser, le digo. Rastreo a Enrique y me comunico con su familia. En efecto, está grave. Tres tumores malignos de cáncer lo tienen en el umbral de la vida -¿o habría de decir de la muerte?-. Logro hablar con él y escucho una voz que tiende a quebrarse a cada momento. Es esa misma voz que siempre se mantuvo solícita y dispuesta para consolar al amigo. Me dice que lo van a operar y que ojalá salga con vida porque aún tiene muchas cosas pendientes -entre otras una novela y sus memorias, todo inconcluso.

5) Como quedó dicho, en 1976 Enrique recibe el Premio Villaurrutia. Los críticos, las crónicas, las reseñas, se vuelcan en elogios. El, simplemente, dona el premio. Su libro *el monstruo y otras mariposas o El quintuple balar de mis sentidos* es vastamente comentado.

6) *La bestia*, *En primera persona*, *Aquí con mis hermanos*, *Tres compartimientos del espíritu*, *Los tres Enriques*, son algunos otros de sus títulos. No tengo todos sus libros, menos los más recientes. Esa costumbre de perderlos en las jarras.

7) Es 1977. Le muestro a Enrique González Rojo unos poemas. Está por iniciar un taller en su domicilio de las

calles de Adolfo Prieto. Los jueves. Me invita a participar. Voy nerviosísimo. Tengo escasos meses de haber empezado a escribir y para mí todo este mundo -de los maestros, de los poetas, de los talleres- es tan conocido como la superficie de Plutón.

8) Los en aquella época jóvenes Antonio del Toro, Víctor Manuel Mendiola -en contadas ocasiones Mariángeles Comesaña, Vicente Quirarte, ¿Eduardo Hurtado? y otros que ahora no recuerdo-, y no tan jóvenes, como Roberto López Moreno, acudimos cada ocho días a su casa. Alicia Torres nos atiende y su sonrisa fecunda es una especie de manto que nos protege a todos. Más que taller es un seminario. Enrique nos revela todos sus secretos, todo lo que a él le ha costado años asimilar nos lo pone sobre la mesa, como un banquete de estética y de conocimiento. Nos enseña a medir, a contar -bueno, cuando menos a mí-. Nos habla sobre la metáfora, las imágenes, las comparaciones; sobre el verso libre y la poesía epopéyica, sobre la poesía narrativa y las dificultades sonetísticas. Sobre el ripio. Nos devela el amplísimo horizonte de la poesía. Jueves a jueves. A la vez nosotros leemos y escuchamos sus opiniones. Es una época feliz en la carrera de Enrique. Los editores lo buscan. Lo llaman. Y eso para no hablar de sus recitales. Da lecturas en la UNAM, en la UAM, en la Universidad de Zacatecas, en la Veracruzana. Desde luego en Bellas Artes. Lo hace sin cobrar. Simplemente va y lee. Tiene arrastre. Enciende vocaciones, reafirma otras. Los muchachos acuden y lo escuchan embobados. Le piden poemas para carteles, para revistas, para diarios.

9) Esa misma casa de Adolfo Prieto es ahora el recinto de sus libros, pero de sus inéditos; porque Enrique de pronto

decidió dejar de publicar; sin más ni más no estuvo dispuesto, y con toda razón, a que sus libros fueran sometidos a dictámenes; menos aún estuvo de acuerdo en ir a tocar a las puertas de un editor. Así que los originales se han ido acumulando: de poesía, de filosofía, de apuntes varios...

10) La cosa es ésta: Enrique no tiene beca ni nada que se le parezca. A mí me tiene sin cuidado quién goza de su respectiva. Supongo que los artistas que han dado prestigio a este país, que han provocado alegría, consuelo, solaz, merecen este tipo de reconocimientos. Ignoro también si esa clase de becas -estoy pensando en las de creadores eméritos- se dan cuando se solicitan o si inteligentemente el Estado dice hombre, fulano de tal se merece su beca por esto y esto. Nada de eso sé. Lo que sí sé es que habría de haber becas para quienes a pesar de sus méritos se autoexcluyen, y más aún, para quienes tradicionalmente han sido enemigos declarados del Estado. Este sería el caso de González Rojo, un hombre que -es de todos conocido- siempre se ha mantenido del lado pedregoso de la vida, que siempre ha dicho no a las canonjías y las prebendas. Conaculta haría muy bien en reconocer así a los artistas independientes, precisamente a los que no piden nada. Sería un gesto de gran altura. Si estos artistas aceptan o no, ya es harina de otro costal.

11) Por cierto, la operación fue un éxito.